

Testimonio

Miguel Fernández Pérez

«Los profesores explicamos lo que sabemos, pero enseñamos lo que somos».

Entrevistamos a Miguel Fernández Pérez, catedrático de Didáctica en la Universidad Complutense de Madrid y Premio Nacional de Investigación Educativa, que ha ejercido la docencia en prácticamente todos los niveles del sistema educativo y que es autor de, entre otros, los siguientes libros (libros cuyas dedicatorias no pueden ser más elocuentes ni por otra parte más inusuales: «El autor dedicará la mitad, como mínimo —en algún caso íntegramente—, de los derechos sobre esta obra a la lucha contra el hambre y la miseria en el Tercer Mundo.»): La profesionalidad del docente (*Escuela Española*), Evaluación y cambio educativo (*Morata*) y Las tareas de la profesión de enseñar (*Siglo XXI*). Pero es que además, y por si fuera poco, ha tenido acceso y, dadas su lucidez y honestidad intelectuales, ha sido capaz de ordenar y hacernos gozosamente partícipes de su profundo y profético contenido, a los Papeles confidenciales de Su Santidad Juan Pablo III (*Siglo XXI*), fechados en el año 2022, en los que desvela «una pedagogía inofensiva del poder». Estamos, finalmente, ante un hombre que comparte nuestro viaje en busca del «sentido», proponiéndonos como método ineludible para tal búsqueda ser, como él lo intenta y consigue, Sinceros con nosotros mismos (PPC).

Acontecimiento: Tanto por las dedicatorias de sus libros como por el contenido de los mismos, así como por su trayectoria personal, se observa un profundo y nada ambiguo compromiso con el llamado Tercer Mundo. ¿De dónde nace este compromiso?

Miguel Fernández Pérez: De la esencia misma de la educación, que es una preocupación por el ser humano, y una preocupación por el ser humano es una preocupación por la especie

humana. Y en la especie humana tenemos una esquizofrenia real, histórica, no tanto conceptual solamente, y estriba en las posibilidades que tienen de hominización unos candidatos a la especie humana y otros; posibilidades que en algunos de estos candidatos se limitan a la ocupación del cerebro con la única preocupación de la supervivencia angustiada y angustiada.

Y cuando uno observa que no hay otra posibilidad, se resigna como a los terremotos o al cáncer, pero ¿cómo es posible sacrificar seiscientos mil vacas, por ejemplo, para mantener los precios? ¿Cómo es posible, si se mueren de hambre cuarenta mil seres humanos al día por falta de proteínas, que nos manden matar seiscientos mil fábricas de proteínas?

La preocupación mía, pues, por esta cuestión es porque el primer detalle de una persona humanizada, personificada, como diría Mounier —uno de los rasgos básicos, indicadores de haber llegado al nivel homínido—, es que se preocupa uno por el hombre porque es hombre, porque es miembro de su especie. En este sentido, los romanos ya nos dijeron hace mucho aquello de «nada humano me es ajeno».

A.: ¿Qué implicaciones pedagógicas supone este compromiso?

M. F. P.: Supone para mí dos implicaciones pedagógicas: una, de contenido, manifiesta, y otra de método, oculta, que es muy importante, más que la otra.

La cuestión manifiesta hace referencia a la transversalidad curricular de la que ahora se ha hablado mucho por culpa de la LOGSE. Ya

no hay solamente que dar matemáticas o lengua, sino educación para la paz, educación para el consumo, educación para la solidaridad, los valores, ¿verdad?, que nadie sabe qué es, ni a quién compete su enseñanza, y por eso digo yo que las transversales se nos han atravesado.

Además, estos contenidos transversales luego no se evalúan, es curioso, y lo que no se evalúa, se devalúa, eso es socialmente matemático. ¿Qué ha pasado? Pues que antes de la LOGSE aquí había que «recuperar» (¿recuperar qué, si nunca tuvieron nada?) o repetir determinadas asignaturas, y ahora, después de la LOGSE, habrá que seguir recuperando matemáticas, historia o lengua, pero, ¿quién va a recuperar o repetir curso por insolidario, por cruel, por chapucero, por falso, por irrespetuoso?... ¡Nadie! Y la sociedad capta muy bien el mensaje: «bueno, todo es retórica y poesía, aquí se pasa curso o no se pasa por saber esto y esto (matemáticas, lengua, etc.) y no por lo otro (valores)».

Por lo menos, ahora ya, en los centros en los que los profesores consigan que estos valores entren, se tendrá al menos el mensaje manifiesto de que esto es importante.

La segunda implicación supone la existencia de que hay un mensaje oculto, que es, sin duda, que la realidad es ésta. Y eso supone la educación como fidelidad a la realidad y no como ocultamiento de la realidad, que es lo que se está haciendo.

A.: Respecto a los llamados Tercer o Cuarto mundo, ¿el sistema educativo actual hace personas conscientes, indiferentes, ignorantes?

M. F. P.: Aquí está la cuestión, claro, porque hay dos tipos de Tercer Mundo, el Tercer Mundo que nos rodea y el Tercer Mundo que lleva dentro cada uno. Existe en nosotros una zona desarrollada, una zona subdesarrollada, etc, pero además, en nuestro caso tenemos una zona hipertrofiada a expensas de la atrofia de otras zonas, igual que el Norte se ha desarrollado históricamente a expensas del Sur (hecho éste que he podido constatar en mis viajes por África y Latinoamérica, colaborando con mu-

chos proyectos de profesores voluntarios). A este respecto, Helder Cámara, en Zurich, ante un grupo de estudiantes, sentenciaba: «buena parte de su bienestar está amasado con la miseria y el hambre del Tercer Mundo. Yo, que vengo del Tercer Mundo, les quiero sacar a ustedes de su tercermundismo de ignorancia, que es una ignorancia muy cómoda».

Realmente, se está perdiendo una oportunidad histórica de que tengamos una generación más concienciada. Y esta vez no es porque el profesor de historia comente, o el de filosofía critique o reflexione sobre algo, no, porque esos son temas para examinarse, ésta es la parte que explicamos. Esa oportunidad se pierde por lo que somos, porque no conviene olvidar que los profesores explicamos lo que sabemos, pero enseñamos lo que somos. Es una conciencia que, sin embargo, se aprecia en centros de Bachillerato o de Primaria que colaboran con proyectos concretos, como, por ejemplo, cuando, siguiendo las propuestas de Gesto por La Paz, en el País Vasco, profesores y alumnos guardan un minuto de silencio cuando asesinan a un guardia civil. Esto educa mucho para la paz, pero además educa para el compromiso por la paz, que es más importante.

Pero esta especie de humanización, de toma de conciencia, el sistema actual no la propicia, ni por la temática ni por la proyectiva, quiero decir, ni por los temas de los que habla la escuela ni por los proyectos en los que se embarca, porque a veces se embarca en algún proyecto. Pero la escuela, hoy por hoy, y en términos generales, no ofrece más proyecto que cobrar su sueldo los profesores y pasar los años los alumnos. Es la escuela mercenaria, «sexenizada».

A.: Ya para finalizar, ¿quién es el buen maestro?

M. F. P.: Quien sabe que no es un buen maestro. Quien es consciente de que todos sus esquemas tecnológicos, sociológicos, psicológicos o semióticos son pobres en comparación con la realidad, pues ésta es mucho más rica que todos los esquemas que pretenden describirla, explicarla o transformarla. **A**